

Extractos de “El héroe de las mil caras” de J. Campbell

En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos científicos y tecnológicos, las propias visiones que atormentan el sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito.

Cuando volvemos a considerar los numerosos rituales extraños que se informaron tuvieron lugar en las tribus primitivas y en las grandes civilizaciones del pasado, resulta claro que su finalidad y su efecto real era conducir a los pueblos a través de los difíciles umbrales de las transformaciones que demandan un cambio de normas en la vida social y personal. Los llamados ritos de “iniciación”, que ocupan un lugar tan prominente en la vida de las sociedades primitivas (ceremonias de nacimiento, nombre, pubertad, matrimonio, entierro, etc.), se distinguen por ser ejercicios de separación formales y usualmente severos, donde la mente corta en forma radical con las actitudes, ligas y normas de vida del estado que se ha dejado atrás. Después sigue un intervalo de retiro más o menos prolongado, durante el cual se llevan a cabo rituales con la finalidad de introducir al que pasa por la aventura de la vida a las formas y sentimientos propios de su nuevo estado, de manera que cuando, finalmente, se le considera maduro para volver al mundo normal, el iniciado ha de encontrarse en un estado similar al de recién nacido.

El profesor Toynbee usa los términos de “separación” o “transfiguración” para describir la crisis por medio de la cual se alcanza la más alta dimensión espiritual, que hace posible reanudar el trabajo de creación. El primer paso, separación o retirada, consiste en una radical transferencia de énfasis del mundo externo al mundo interno, del macro al microcosmos, un retirarse de las desesperaciones de la tierra perdida a la paz del reino eterno que existe en nuestro interior. Todos los ogros y los ayudantes secretos de nuestra primera infancia están allí, toda la magia de la niñez. Y lo que es más importante, todas las potencialidades vitales que nunca pudimos traer a la realización de adultos; esas otras porciones de nuestro ser están allí, porque esas semillas de oro nunca mueren. Si sólo una porción de esa totalidad perdida pudiera ser sacada a la luz del día, experimentaríamos una maravillosa expansión de nuestras fuerzas, una vívida renovación de la vida, alcanzaríamos la estatura de la torre.

Es más, si pudiéramos sacar algo olvidado no sólo por nosotros mismos sino por toda nuestra civilización, traeríamos muchos dones, nos convertiríamos en los héroes del día de la cultura, en personajes de influencia no sólo local sino histórico-mundial.

En una palabra, la primera misión del héroe es retirarse de la escena del mundo de los efectos secundarios, a aquellas zonas del psiquismo donde residen las verdaderas dificultades, y allí aclarar dichas dificultades, borrarlas según cada caso particular (o sea, presentar combate a los demonios infantiles de cada cultura local) y llegar hacia la experiencia y la asimilación no distorsionada de las “imágenes arquetípicas”. Los arquetipos que han de ser descubiertos y asimilados son precisamente aquellos que

han inspirado, a través de los anales de la cultura humana, las imágenes básicas del ritual, de la mitología y de la visión.

El héroe, por lo tanto, es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales. De esta manera las visiones, las ideas y las inspiraciones surgen prístinas de las fuentes primarias de la vida y del pensamiento humano. De aquí su elocuencia, no de la sociedad y del psiquismo presentes, en estado de desintegración, sino de la fuente inagotable a través de la cual la sociedad ha de renacer. El héroe ha muerto en cuanto hombre moderno; pero como hombre eterno – perfecto, no específico, universal – ha vuelto a nacer. Su segunda tarea y hazaña formal ha de ser (como todas las mitologías de la humanidad indican) volver a nosotros transfigurado y enseñar las lecciones que ha aprendido sobre la renovación de la vida.

La literatura moderna se ha dedicado en gran parte a hacer una observación valerosa y exacta de las figuras enfermizas y rotas que pululan ante nosotros, a nuestro alrededor y en nuestro interior. Donde se ha reprimido el impulso natural de protestar en contra del holocausto, de proclamar las culpas o anunciar las panaceas, ha encontrado realización la magnificencia de un arte trágico más potente para nosotros que el arte griego: la tragedia realista, íntima e interesante desde varios aspectos, de la democracia, donde se muestra al dios crucificado con su cara lacerada y rota en las catástrofes no sólo de las grandes casas sino de los hogares más comunes. Y no hay ninguna creencia hecha sobre el cielo, la futura felicidad y la compensación para sobrellevar la majestad amarga, sino la oscuridad más absoluta, el vacío de la insatisfacción, que reciben y se comen las vidas que han sido expulsadas del vientre sólo para fracasar.

En comparación con todo esto, las historias breves de las realizaciones que hemos logrado parecen lastimosas. Demasiado bien sabemos cuánta amargura de fracaso, de pérdida, de desilusión y de insatisfacción irónica circula en la sangre hasta de los seres más envidiados del mundo. De aquí que no estemos dispuestos a asignar a la comedia el alto rango de la tragedia. La comedia como sátira es aceptable, como diversión es un agradable medio de escape, pero el cuento de hadas de la felicidad ya no puede ser tomado seriamente en cuenta; pertenece a la “tierra del nunca jamás” de la infancia, protegida de las realidades que bien pronto serán conocidas en forma terrible; así como el mito del cielo eterno sólo tiene vigencia para los viejos, cuyas vidas están detrás de ellos y cuyos corazones tienen que ser preparados para pasar el último portal del tránsito a la noche; pero ese serio juicio occidental moderno está fundado en un malentendido total de las realidades representadas en el cuento de hadas, en el mito y en las comedias divinas de la redención. Estas, en el mundo antiguo, se consideraban de más alto rango que la tragedia, de verdad más profunda, de realización más difícil, de estructura más sólida y de revelación más completa.

El final feliz del cuento de hadas, del mito y de la divina comedia del alma deben leerse no como una contradicción, sino como la trascendencia de la tragedia universal del hombre. En el mundo objetivo sigue siendo lo que era, pero como el énfasis ha cambiado dentro del sujeto, se nos muestra transformado. Donde antes contendían la vida y la muerte se manifiesta ahora un ser perdurable, tan indiferente a los accidentes del tiempo como el agua que hierve en un recipiente lo es al destino de una burbuja, o como lo es el cosmos a la aparición y desaparición de una galaxia de estrellas. La

tragedia es el rompimiento de las formas y de nuestra unión con ellas; la comedia es el júbilo bárbaro, descuidado e inagotable de la vida invencible. Así las dos son términos de un solo tema mitológico y de la experiencia que las incluye y en la cual se unen: el camino hacia abajo (cátodos) y el camino hacia arriba (ánodos) que juntos constituyen la totalidad de la revelación que es la vida y que el individuo debe conocer y amar si ha de sufrir la purgación (kathársis – purgatorio) del contagio del pecado (desobediencia a la voluntad divina) y de la muerte (identificación con la forma mortal).

El camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: separación – iniciación – retorno. El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. Prometeo ascendió a los cielos, robó el fuego de los dioses y descendió. Jasón navegó a través de las rocas que chocaban para entrar al mar de las maravillas, engañó al dragón que guardaba el Vello de Oro y regresó Océano el vello de oro y el poder para disputar a un usurpador el trono que había heredado. Eneas bajó al fondo del mundo, cruzó el temible río de los muertos, entretuvo con comida al Cerberus, guardián de tres cabezas, y pudo hablar, finalmente, con la sombra de su padre muerto. Todas las cosas le fueron reveladas: el destino de las almas, el destino de Roma, que estaba a punto de fundar, y de qué manera podría evitar o soportar todas las aflicciones. Volvió al mundo a través de una puerta de marfil a realizar sus deberes.

Como veremos, la aventura del héroe, ya sea presentada con las vastas, casi oceánicas imágenes del Oriente, o en las vigorosas narraciones de los griegos, o en las majestuosas leyendas de la Biblia, normalmente sigue el modelo de la unidad nuclear arriba descrita; una separación del mundo, la penetración a alguna fuente de poder, y un regreso a la vida para vivirla con más sentido. Todo el Oriente fue bendecido por el don que les entregó Gautama Buda, su maravillosa enseñanza de la Buena Ley, así como el Occidente lo ha sido por el Decálogo de Moisés. Los griegos referían la existencia del fuego, el primer soporte de la cultura humana, a las hazañas trascendentales de su Prometeo, y los romanos la fundación de su ciudad, centro del mundo, a Eneas, después de su partida de Troya derrotada a través de su visita al pavoroso mundo inferior de los muertos. En todas partes, sin que importe cual sea la esfera de los intereses (religiosa, política o personal), los actos verdaderamente creadores están representados como aquellos que derivan de una especie de muerte con respecto al mundo y lo que sucede en el intervalo de la inexistencia del héroe, hasta que regresa como quien vuelve a nacer, engrandecido y lleno de fuerza creadora, hasta que es aceptado unánimemente por la especie humana. Por consiguiente, nos ocuparemos de seguir una multitud de figuras heroicas a través de las etapas clásicas de la aventura universal, con objeto de revisar las revelaciones eternas. Esto nos ayudará a entender no sólo el significado de las imágenes vigentes en la vida contemporánea, sino la unicidad del espíritu humano en sus aspiraciones, poderes, vicisitudes y sabiduría.

El primer estadio de la jornada mitológica que hemos designado con el nombre de “la llamada de la aventura”, significa que el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de su sociedad a una zona desconocida. Esta fatal región de tesoro y peligro puede ser representada en varias formas: como una

tierra distante, un bosque, un reino subterráneo, o bajo las aguas, en el cielo, una isla secreta, la áspera cresta de una montaña; pero siempre es un lugar de fluidos extraños y seres polimorfos, tormentos inimaginables, hechos sobrehumanos y deleites imposibles. El héroe puede obedecer su propia voluntad para llevar a cabo la aventura, como hizo Teseo cuando llegó a la ciudad de su padre, Atenas, y escuchó la horrible historia del Minotauro; o bien puede ser empujado o llevado al extranjero por un agente benigno o maligno, como Odiseo, que fue transportado por el Mediterráneo en los vientos del encolerizado dios Poseidón. La aventura puede comenzar como un mero accidente, como la de la princesa del cuento de hadas; o simplemente, en un paseo algún fenómeno llama al ojo ocioso y aparta al paseante de los frecuentados caminos de los hombres. Los ejemplos se multiplican, ad infinitum, desde cualquier rincón del mundo.

Para aquellos que han recibido la llamada, y no la han rechazado, el primer encuentro de la jornada del héroe es con una figura protectora que proporciona al aventurero amuletos contra las fuerzas del dragón que debe vencer. Lo que representa esa figura es la fuerza protectora y benigna del destino. El individuo tiene que saber y confiar, y los guardianes eternos aparecerán. Después de responder a su propia llamada y de seguir valerosamente las consecuencias que resultan, el héroe se encuentra poseedor de todas las fuerzas del otro mundo. Y en tanto que el acto del héroe coincide con aquello para lo que su sociedad está preparada, se hallará dirigiendo el gran ritmo de los procesos históricos. “Me siento – dijo Napoleón cuando empezó su campaña contra los rusos – empujado hacia un fin que no conozco. Tan pronto como lo alcance, tan pronto como me vuelva innecesario, un átomo será suficiente para destruirme. Hasta entonces, ninguna fuerza humana puede hacer nada contra mí”.

El cruce del umbral es el primer paso en la zona sagrada de la fuente universal. Plutarco enumera los éxtasis de los orgiásticos ritos de Pan, junto con el éxtasis de Cibeles, el frenesí báquico de Dionisos, el frenesí poético inspirado por las Musas, el frenesí guerrero del dios Ares (Martes), y el más violento de todos, el frenesí de amor, como ilustraciones de ese divino “entusiasmo” que hace perder la razón y libera las fuerzas de la oscuridad destructivo-creadora.

Como símbolo del mundo al que nos mantienen aferrados los cinco sentidos y que no puede hacerse a un lado por las acciones de los órganos físicos, Cabello Pegajoso fue vencido sólo cuando el Futuro Buda, desposeído de las cinco armas de su nombre momentáneo y carácter físico, recurrió a la secreta arma, invisible y sin nombre, el trueno divino, el conocimiento del principio trascendente, que está detrás del reino fenoménico de los nombres y las formas. Entonces cambió la situación. No permaneció atrapado sino que fue libertado; porque pudo recordar que ser era ser libre siempre. La fuerza del monstruo fenomenológico desapareció y aprendió a renunciar. Habiendo aprendido a renunciar se convirtió en divino, un espíritu que tiene derecho a recibir ofrendas, o sea como es el mundo mismo una vez que se conoce, no en el sentido final, como un mero nombre y la forma de lo que trasciende, pero que abarca en forma inmanente todos los nombres y las formas.

En el vocabulario de los místicos, la segunda etapa del Camino es la de “purificación del yo”, cuando los sentidos están “humillados y limpios”, y las energías e intereses “concentrados en cosas trascendentales”.

El encuentro con la Diosa: la Dama de la Casa del Sueño es una figura familiar en el cuento de hadas y en el mito. Ya hemos hablado de ella en las formas de Brunilda y la Bella Durmiente. Es el modelo de todos los modelos de belleza, la réplica de todo deseo, la meta que otorga la dicha a la búsqueda terrena y no terrena de todos los héroes. Es madre, hermana, amante, esposa. Todo lo que se ha anhelado en el mundo, todo lo que ha parecido promesa de júbilo, es una premonición de su existencia, ya sea en la profundidad de los sueños o en las ciudades y bosques del mundo. Porque ella es la encarnación de la promesa de la perfección; la seguridad que tiene el alma de que al final del exilio en un mundo de inadecuaciones organizadas, la felicidad que una vez se conoció será conocida de nuevo: la madre confortante, nutridora, la “buena” madre, joven y bella, que nos fue conocida y que probamos en el pasado más remoto. El tiempo la hizo desaparecer y sin embargo existe, como quien duerme en la eternidad, en el fondo de un mar intemporal.

Apotosis: uno de los más poderosos y amados entre los Bodhisattvas del budismo Mahayana del Tibet es el Portador del Loto, Avalokiteshvara, “El Señor que mira desde arriba con Piedad”, así llamado porque mira con compasión a todas las criaturas sensibles que sufren los males de la existencia. A él está dirigida la plegaria de las ruedas de la oración y de los templos del Tibet: Om mani padme hum, “La joya está en el loto”. Pues durante su última existencia en la Tierra como ser humano, atravesó los límites del último umbral (en dicho momento se abrió para él la eternidad del vacío, más allá de los decepcionantes enigmas – espejismos del cosmos de los nombres y las formas); hizo una pausa y juró que antes de entrar en el vacío, traería la iluminación a todas las criaturas sin excepción; y desde entonces ha saturado toda la materia de la existencia con la gracia divina de su presencia generosa, de manera que escucha gentilmente la más pequeña petición que se le dirige, en todo el imperio de Buda. Bajo formas diferentes atraviesa los diez mil mundos y aparece a la hora de la necesidad y de la plegaria.

Como el Buda mismo, este ser divino es el modelo de estado divino al que llega el héroe humano que ha atravesado los últimos terrores de la ignorancia. “Cuando la envoltura de la conciencia ha sido aniquilada, se libera de todo temor, queda fuera del alcance de todo cambio”. Esta es la liberación potencial que está dentro de cada uno de nosotros, y que cualquiera puede obtener a través del heroísmo.

La pausa ante el umbral del Nirvana, la resolución de seguir adelante hasta el final del tiempo (que no tiene final) antes de sumergirse en la plácida fuente de la eternidad, representa el darse cuenta de que la distinción entre eternidad y tiempo es sólo aparente, hecha por la mente racional, pero disuelta en el conocimiento perfecto de la mente que ha trascendido la pareja de contrarios. Lo que se comprende es que el tiempo y la eternidad son dos aspectos de la misma experiencia total; dos planos del mismo inefable no dual; es decir, la joya de la eternidad está en el loto del nacimiento y de la muerte: om mani padme hum.

La primera maravilla que debemos notar aquí es el carácter andrógino del Bodhisattva. Los dioses masculinos-femeninos son comunes en el mundo del mito. Siempre emergen con un cierto misterio, porque conducen a la mente, más allá de la experiencia objetiva, a un reino simbólico donde la realidad se supera.

Entre los griegos no sólo Hermafrodito (el hijo de Hermes y Afrodita), sino también Eros, la divinidad del amor, (el primero de los dioses, de acuerdo con Platón) tenía sexo masculino y sexo femenino.

“Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó y los creó macho y hembra”. Puede surgir en la mente la cuestión relativa a la naturaleza de la imagen de Dios; pero la respuesta está dada en el texto y es suficientemente clara: “Cuando el Todopoderoso, bendito sea, creó al primer hombre, lo creó andrógino”. El haber dado a lo femenino otra forma simboliza la caída de la perfección a la dualidad y a ello siguió naturalmente el descubrimiento de la dualidad del bien y del mal, el exilio del jardín donde Dios se pasea sobre la Tierra y de allí la construcción del muro del Paraíso, constituido de la “unión de los contrarios”, por medio de la cual el Hombre (ahora hombre y mujer) se ha separado no sólo de la visión sino del recuerdo de la imagen de Dios.

Esta es la versión bíblica de un mito conocido en muchos países. Representa una de las formas básicas de simbolizar el misterio de la creación: la eternidad que se convierte en tiempo, la división de uno en dos y luego en muchos, así como la generación de vida nueva a través de la conjunción de los dos. Esta imagen está al principio del ciclo cosmogónico, y se encuentra con igual propiedad al terminar el héroe su jornada, en el momento en que la muralla del Paraíso se diluye, se encuentra y se recuerda la forma divina; y se recobra la sabiduría.

Los cultos totémicos, tribales, raciales, y los agresivamente misioneros, representan sólo soluciones parciales al problema psicológico de vencer al odio por medio del amor; son sólo parcialmente iniciadores. El ego no está aniquilado en ellos, más bien está ampliado; en vez de pensar en sí mismo, el individuo se dedica al todo de su sociedad. El resto del mundo mientras tanto (o sea, con mucho, la porción mayor de la humanidad) queda fuera de la esfera de su simpatía y protección, porque está fuera de la esfera de la protección de su dios. Entonces toma lugar ese dramático divorcio de los dos principios del odio y del amor que las páginas de la historia ilustran abundantemente. En vez de limpiar su propio corazón, el fanático trata de limpiar el mundo. Las leyes de la Ciudad de Dios se aplican sólo a él y a su grupo (tribu, iglesia, nación, clase, o cualquier otra cosa); mientras tanto se aviva el fuego de una perpetua guerra religiosa (con buena conciencia y con el sentido de un servicio piadoso), contra aquella gente no circuncisa, pagana, bárbara, extraña, “nativa”, que ocupa la posición de vecino.

El mundo está lleno de los resultantes bandos mutuamente contendientes: los que rinden culto al tótem, a la bandera y al partido. También las llamadas naciones cristianas, quienes se supone han de seguir a un Redentor del “Mundo”, son mejor conocidas en la historia por su barbarie en las colonias y por sus guerras destructoras, que por cualquier demostración práctica de ese amor incondicional, sinónimo de la conquista efectiva del ego, del mundo del ego, del dios tribal del ego como les enseñó el Supremo Señor a quien veneran: “Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. Haced bien y prestad sin esperanza de remuneración, y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, porque es

bondadoso para con los ingratos y los malos. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso.”

Una vez superados los prejuicios de nuestra traducción – limitada en alcance a lo eclesiástico, lo tribal o lo nacional – de los arquetipos universales, se vuelve posible comprender que la iniciación suprema no es la de los padres maternalmente locales, quienes proyectan agresiones en sus vecinos para su propia defensa. Las buenas nuevas que trajo el Redentor del Mundo y que tantos han escuchado con júbilo y predicado con celo, y que sin embargo se han rehusado evidentemente a demostrar, enseñan que Dios es amor, que puede ser y es amado y que todos, sin excepción, son sus hijos. Los detalles relativamente triviales como son el credo, las técnicas del culto y las formas de organización episcopal (que han absorbido el interés de los teólogos occidentales y que todavía son seriamente discutidas como los principales puntos de la religión) son meramente entretenimientos pedantes, a menos que se les haga guardar una posición **ancilar** respecto a la enseñanza principal. Si esto no se consigue, tienen un efecto regresivo.

Este es el sentido de la primera maravilla del Bodhisattva: el carácter andrógino de la presencia. Por lo tanto, se unen las dos aventuras mitológicas aparentemente opuestas: el Encuentro con la Diosa y la Reconciliación con el Padre. Pues en la primera el iniciado aprende que el varón y la hembra son (como se expresa en el *Brihadaranyaka Upanishad*) “las dos mitades de un guisante partido”. Y en la segunda, se descubre que el Padre es antecedente de la división del sexo: el pronombre “El” era una forma de hablar, y el mito del estado de Hijo una línea guía que debe ser borrada. Y en ambos casos se descubre (o más bien, se recuerda) que el héroe en sí mismo es aquello que ha venido a encontrar.

La segunda maravilla del mito del Bodhisattva es su aniquilación de la distinción entre la vida y la liberación de la vida, que está simbolizada en la renunciación del Bodhisattva al Nirvana. En pocas palabras, el Nirvana significa: “La extinción del Fuego Triple del Deseo, de la Hostilidad y del Engaño”.

En la leyenda de la Tentación debajo del Arbol Bo el antagonista del Futuro Buda era Kama-Mara, literalmente “Deseo-Hostilidad” o “Amor-Muerte!”, el mago del Engaño. Era una personificación del Fuego Triple y de las dificultades de la última prueba, el último guardián del umbral que debe atravesar el héroe universal en su suprema aventura al Nirvana. Después de haberse sometido dentro de sí mismo hasta llegar al punto crítico del último rescoldo del Fuego Triple, que es la fuerza que mueve el universo, el Salvador miró reflejadas, como en un espejo a su alrededor, las últimas fantasías proyectadas de su primitiva voluntad física de vivir como otros seres humanos: la voluntad de vivir de acuerdo con los motivos normales de deseo y de hostilidad, en un ambiente engañoso de causas, fines y medios fenoménicos. El fue asaltado, pues, por la última furia de la carne despreciada, en este momento del que todo dependía; de una sola brasa podría levantarse de nuevo todo el incendio completo.

Con la final “extirpación del engaño, del deseo y de la hostilidad” (Nirvana), la mente sabe que no es lo que había pensado: el pensamiento desaparece. La mente descansa en su verdadero estado. Y allí puede quedarse hasta que el cuerpo se desvanezca.

El Bodhisattva, sin embargo, no abandona la vida. Vuelve su mirada desde la esfera interior de la verdad que trasciende el pensamiento (que sólo puede ser descrita como “vacío”, ya que sobrepasa el lenguaje) de nuevo hacia el mundo de los fenómenos

exteriores, lo percibe sin el mismo océano de ser que encontró adentro. “La forma es el vacío y el vacío es, sin dejar lugar a dudas, la forma. El vacío no es diferente de la forma y la forma no es diferente del vacío. Lo que es forma es vacío, lo que es vacío es forma. Y lo mismo se aplica a la percepción, la concepción y al conocimiento.” Habiendo sobrepasado los engaños de su ego anteriormente auto afirmativo , autodefensivo, preocupado por sí mismo, él siente afuera y adentro el mismo reposo. Lo que observa hacia fuera es el aspecto visual del inmenso vacío que trasciende al pensamiento sobre el cual cabalgan sus propias experiencias del ego, la forma, las percepciones, la palabra, las concepciones y el conocimiento. Y se siente lleno de compasión por los seres aterrorizados de sí mismos que viven en temor de su propia pesadilla. Se levanta, vuelve a ellos y con ellos habita como un centro sin ego, a través del cual el principio del vacío se manifiesta en su propia simplicidad. Este es el gran “acto de compasión”, por medio del cual se revela una verdad: la de que en el entendimiento de aquel en quien ha muerto el Fuego Triple del Deseo, la Hostilidad y el Engaño, este mundo es el Nirvana. “Olas de dones” salen de ese ser para la liberación de todos nosotros. “Esta vida mundana de nosotros es una actividad del Nirvana mismo y no existe entre ambos ni la más ligera distinción”.

Este ideal es bien conocido también en el hinduismo: aquel que ha sido libertado en vida, desprovisto de deseos, compasivo y sabio, “con el corazón concentrado por el yoga, que considera a todas las cosas de la misma manera, se ve a sí mismo en todos los seres y a todos los seres en sí mismo. De cualquier manera que lleve su vida, ese hombre vive en Dios”.

El humor es la piedra de toque de lo verdaderamente mitológico, comparado con el ambiente más literal y sentimental de lo teológico. Los dioses como iconos no son fines en ellos mismos. Sus divertidos mitos transportan la mente y el espíritu no *hasta* ellos, sino *más allá* de ellos, hasta el vacío que está detrás; desde esta perspectiva, los más pesados dogmas teológicos aparecen sólo como recursos pedagógicos y su función es enderezar el intelecto desencaminado por una acumulación concreta de hechos y de acontecimientos hacia una zona comparativamente rarificada, en donde, como una dádiva final, toda existencia – ya sea celestial, terrena o infernal – pueda verse por fin trasmutada en la apariencia de un sueño pasajero, periódico e infantil de dicha y de temor. “Desde un punto de vista todas las divinidades existen – contestó recientemente un lama tibetano a la pregunta de un enterado visitante occidental – desde otro, ninguna es real”. Esta es la enseñanza ortodoxa de los antiguos Tantras: “Todas las deidades visualizadas no son sino símbolos que representan los diferentes sucesos que ocurren en el Camino”; del mismo modo que en la doctrina de las escuelas psicoanalíticas contemporáneas. Y la misma penetración metateológica parece ser lo que sugieren los versos finales del Dante, cuando el viajero iluminado alcanza finalmente a elevar sus ojos valerosos por encima de la beatífica visión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, hasta la Luz Eterna.

Los dioses y las diosas deben entenderse por lo tanto como encarnaciones y custodios del elixir del Ser Imperecedero , pero no como lo Ultimo en su estado primario. Lo que el héroe busca en sus relaciones con ellos, no son ellos mismos, por lo tanto, sino su gracia, esto es, la fuerza de su sustancia sustentante. Esta milagrosa energía-sustancia y sólo ella es lo Imperecedero; los nombres y las formas de las deidades, que en todas partes la encarnan, la distribuyen y la representan, van y vienen. Esta es la milagrosa energía de los rayos de Zeus, de Yavé y del Supremo Buda, la fertilidad de la lluvia de Viracocha, la virtud anunciada por la campana que se hace sonar en la Misa en el momento de la consagración y la luz de la iluminación última del santo y del sabio. Sus

guardianes se atreven a entregarla solamente a aquellos que han sido debidamente probados.

La búsqueda de la inmortalidad física nace de un mal entendimiento de las enseñanzas tradicionales. Por lo contrario, el problema básico es este: ampliar la pupila del ojo, para que el cuerpo con la personalidad que lo acompaña no obstruya la vista. La inmortalidad se experimenta entonces como un hecho presente: “¡Está aquí! ¡Está aquí!”

“Todas las cosas devienen, se elevan y regresan. Las plantas florecen, pero sólo para volver a la raíz. El volver a la raíz es como la búsqueda de la tranquilidad. La búsqueda de la tranquilidad es como un movimiento hacia el destino. Moverse hacia el destino es como la eternidad. Reconocer la eternidad es la iluminación y no reconocerla trae el desorden y el mal.

El conocimiento de la eternidad hace al hombre comprensivo y la comprensión amplía su mente; la amplitud de visión trae nobleza y la nobleza es como el cielo.

Lo celeste es Tao. Tao es lo Eterno. No ha de temerse la decadencia del cuerpo.”

Cuando la misión del héroe se ha llevado a cabo, por penetración en la fuente o por medio de la gracia de alguna personificación masculina o femenina, humana o animal, el aventurero debe regresar con su trofeo trasmutador de la vida. El ciclo completo, la norma del monomito, requiere que el héroe empiece ahora la labor de traer los misterios de la sabiduría, el Vellochino de Oro, o su princesa dormida al reino de la humanidad, donde la dádiva habrá de significar la renovación de la comunidad, de la nación, del planeta o de los diez mil mundos.

Y Muchukunda se inclinó ante su Salvador con la siguiente plegaria:

“Mi Dios y Señor, cuando vivía y trabajaba como un hombre, vivía y trabajaba sin encontrar descanso; a través de muchas vidas, nacimiento tras nacimiento, buscaba y sufría, sin conocer la pausa ni la calma. Confundía el sufrimiento con el júbilo; confundía los espejismos que aparecen sobre el desierto con aguas refrescantes. Apresaba deleites y solo obtenía miseria. El poder regio y los bienes terrenales, la riqueza y el poder, los amigos y los hijos, la esposa y la servidumbre, todo lo que halaga los sentidos, todo eso lo buscaba porque creí que me traería beatitud. Pero desde el momento en que cualquier cosa era mía, cambiaba de naturaleza y se convertía en un fuego abrasador.

Entonces encontré el camino de la compañía de los dioses y ellos me recibieron como a un compañero. Pero ¿dónde estaba la calma? ¿Dónde el descanso? Las criaturas de este mundo, incluyendo a los dioses, son burladas, mi Dios y Señor, por tus habilidosos ardides; por eso repiten su círculo vano de nacimiento, agonía de la vida, vejez y muerte. Entre una vida y otra se enfrentan al señor de la muerte y son forzados a soportar infiernos con todos los grados del más despiadado dolor. ¡Y todo esto viene de ti!

Mi Dios y Señor, engañado por tus hábiles ardides, yo también fui presa del mundo, vagué en un laberinto de errores y quedé preso en las mallas del egoísmo. Ahora me refugio en tu Presencia interminable y adorable, y mi deseo es sólo libertarme de todo aquello.”

Si el héroe en su triunfo gana la bendición de la diosa o del dios y luego es explícitamente misionado a regresar al mundo con algún elixir para la restauración de la sociedad, el último estadio de su aventura está apoyado por todas las fuerzas de su patrono sobrenatural. Por otra parte, si el trofeo ha sido obtenido a pesar de la oposición de su guardián, o si el deseo del héroe de regresar al mundo ha sido resentido por los dioses o los demonios, el último estadio del círculo mitológico se convierte en una persecución agitada y a menudo cómica. Esta fuga puede complicarse con milagrosos obstáculos y evasiones mágicas.

Las fuerzas del abismo no deben ser retadas con ligereza. En el Oriente se da mucha importancia al peligro de llevar a cabo las psicológicamente perturbadoras prácticas del yoga sin una supervisión competente. Las meditaciones del neófito deben ajustarse a sus progresos, de manera que la imaginación sea defendida en cada uno de sus pasos por *devatas* (deidades adecuadas, visiones) hasta que llegue el momento en que el espíritu preparado pueda avanzar solo.

La crisis final de todo, ante la cual la excursión milagrosa no ha sido sino un preludeo, es la crisis de la suprema y paradójica dificultad del cruce del umbral al regreso del héroe del reino místico a la tierra de la vida diaria. Ya sea rescatado desde el mundo exterior o impulsado por el mundo interior, o dirigido gentilmente por las divinidades guías, el elegido tiene que volver a entrar con su don a la hace tiempo olvidada atmósfera de los hombres que son fracciones e imaginan ser completos. Todavía debe enfrentarse a la sociedad con su elixir que destroza el ego y redime la vida, y soportar el golpe de respuesta de las dudas razonables de los duros resentimientos y de la incapacidad de las buenas gentes para comprender.

Los dos mundos, el divino y el humano, sólo pueden ser descritos como distintos uno del otro: distintos como la vida y la muerte, como el día de la noche. El héroe se aventura lejos de la tierra que conocemos para internarse en la oscuridad; allí realiza su aventura, o simplemente se nos pierde, o es aprisionado, o pasa peligros; y su regreso es descrito como un regreso de esa zona alejada. Sin embargo, y ésta es la gran clave para la comprensión del mito y del símbolo: los dos reinos son en realidad uno. El reino de los dioses es una dimensión olvidada del mundo que conocemos. Y la exploración de esa dimensión olvidada, ya sea en forma voluntaria o involuntaria, encierra todo el sentido de la hazaña del héroe.

¿Cómo enseñar de nuevo lo que ha sido enseñado correctamente y aprendido incorrectamente mil y mil veces a través de varios milenios de tontería prudente en la especie humana? Esa es la última y difícil labor del héroe. ¿Cómo dar en el lenguaje del mundo de la luz, los mensajes que vienen de las profundidades y que desafían la palabra? ¿Cómo representar en una superficie de dos dimensiones una forma tridimensional, o en una imagen tridimensional un significado multidimensional? ¿Cómo transcribir en términos de “sí” y “no” revelaciones que convierten en contrasentido cualquier intento de definir las parejas de contrarios? ¿Cómo comunicarse con personas que insisten en encontrar en la exclusiva evidencia de sus sentidos el mensaje del vacío omnigenerador?

Muchos fracasos atestiguan las dificultades de este umbral afirmativo de la vida. El primer problema del héroe que regresa es aceptar como reales, después de la experiencia de la visión de plenitud que satisface el alma, las congojas y los júbilos pasajeros, las banalidades y ruidosas obscenidades de la vida. ¿Por qué volver a entrar a un mundo así? ¿Por qué intentar hacer plausible, o por lo menos interesante la experiencia de la felicidad trascendental a hombres y mujeres consumidos por las pasiones?

Así como los sueños que parecen importantes durante la noche pueden parecer tontos a la luz del día, así el poeta y el profeta pueden sorprenderse haciendo el papel de idiota ante un jurado de ojos graves. Lo más sencillo es mandar al diablo a toda la comunidad y retirarse de nuevo a la pétrea morada celeste, cerrar la puerta y asegurarla. Pero si entretanto un partero espiritual ha puesto la *shimenawa* enfrente del refugio, ya no puede evitarse el trabajo de representar la eternidad en el tiempo y de percibir en el tiempo la eternidad.

La libertad para atravesar en ambos sentidos la división de los mundos, desde la perspectiva de las apariciones del tiempo a aquella de la causalidad profunda, y a la inversa, sin contaminar los principios de la una con los de la otra, pero permitiendo a la mente conocer a la una por virtud de la otra, es el talento del maestro. La Bailarina Cósmica, declara Nietzsche, no descansa pesadamente en un solo punto, sino que ligera y alegremente brinca y se vuelve de una posición a otra. Es posible hablar desde un solo punto a la vez, pero eso no invalida las instituciones del resto.

Los mitos no descubren a menudo en una sola imagen el misterio del pronto tránsito. Cuando lo hacen, el momento es un símbolo precioso, lleno de importancia, que debe ser atesorado y contemplado. Un momento así fue el de la Transfiguración de Cristo.

“Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto, y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías. Aún estaba él hablando, cuando los cubrió una nube resplandeciente, y salió de la nube una voz que decía: “Este es mi hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle.” Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Jesús se acercó, y tocándolos dijo: “Levantáos, no temáis.”. Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús, diciendo: “No déis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.””

Aquí, en un momento, se encuentra el mito entero: Jesús el guía, el camino, la visión y el compañero del regreso. Los discípulos son los iniciados, no los amos del misterio, pero que no obstante fueron introducidos a la plena experiencia de la paradoja de los dos mundos en uno. Pedro estaba tan aterrorizado que tartamudeaba. La carne se había disuelto ante sus ojos para revelar el Verbo. Cayeron sobre sus rostros y cuando se levantaron, la puerta se había cerrado de nuevo.

La siguiente observación se refiere a que la transfiguración de Jesús fue atestiguada por devotos que habían extinguido sus voluntades personales, por hombres que habían prescindido hacía mucho de la “vida”, del “destino personal”, del “destino”, por una completa entrega a su Maestro. “Ni por medio de los Vedas, ni por penitencia, ni por limosna, ni siquiera por sacrificio, me habrán de ver en la forma en que acabas de

contemplarme – declaró Krishna, después de haber reasumido sus forma familiar – sino sólo por medio de la devoción por Mí, he de ser conocido en esta forma, realizado verdaderamente y penetrado. Aquel que hace Mi trabajo y me mira como la Meta Suprema, aquel que es devoto Mío y no odia a ninguna criatura, ése vendrá a Mí.” La formulación correspondiente hecha por Jesús, aclara el punto en forma más sucinta: “El que pierda su vida por mí, la hallará.”

El significado es muy claro; es el significado de toda práctica religiosa. El individuo, por medio de prolongadas disciplinas psicológicas, renuncia completamente a todo su apego a sus limitaciones personales, idiosincrasias, esperanzas y temores, ya no resiste a la aniquilación de sí mismo que es el prerrequisito al renacimiento en la realización de la verdad y así madura, al final, para la gran reconciliación (uni-ficación). Después de disolver totalmente todas sus ambiciones personales, ya no trata de vivir, sino que se entrega voluntariamente a lo que haya de pasarle; o sea que se convierte en anónimo. La Ley vive en él con su consentimiento sin reservas.

Muchas son las figuras, particularmente en los contextos sociales y mitológicos del Oriente, que representan este último estado de la presencia anónima. Los sabios que viven como ermitaños y los mendigos errantes que juegan un papel importante en la vida y en las leyendas del Oriente; en el mito, las figuras como la del Judío Errante (despreciados, desconocidos, pero con la perla de gran precio en el bolsillo); el mendigo perseguido por los perros; el milagroso poeta mendicante cuya música apacigua el corazón; o el dios enmascarado: Wotan, Viracocha, Edshu; éstos son los ejemplos. “Unas veces un tonto, otras veces un sabio, unas veces poseído de real esplendor, otras veces errando, unas veces tan quieto como un pitón, otras veces con una expresión benigna, unas veces llenos de honores, otras insultado, otras desconocido; así vive el hombre realizado, siempre feliz con la suprema dicha. Así como un actor es siempre un hombre, lleve o no la indumentaria de su papel, así es el perfecto conocedor de lo Imperecedero, siempre lo Imperecedero y nada más.”

La AVENTURA puede resumirse así:

*El héroe mitológico abandona su choza o castillo, es atraído, llevado, o avanza voluntariamente hacia el umbral de la aventura. Allí encuentra la presencia de una sombra que cuida el paso. El héroe puede derrotar o conciliar esta fuerza y entrar vivo al reino de la oscuridad (batalla con el hermano, batalla con el dragón; ofertorio, encantamiento), o puede ser muerto por el oponente y descender a la muerte (desmembramiento, crucifixión). Detrás del umbral, después, el héroe avanza a través de un mundo de fuerzas poco familiares y sin embargo extrañamente íntimas, algunas de las cuales lo amenazan peligrosamente (pruebas), otras le dan ayuda mágica (auxiliares). Cuando llega el **nadir** del periplo mitológico, pasa por una prueba suprema y recibe su recompensa. El triunfo puede ser representado como la unión sexual del héroe con la diosa madre del mundo (matrimonio sagrado), el reconocimiento del padre-creador (concordia con el padre), su propia divinización (apoteosis) o también, si las fuerzas le han permanecido hostiles, el robo del don que ha venido a ganar (robo de su desposada, robo del fuego); intrínsecamente es la expansión de la conciencia y por ende del ser (iluminación, transfiguración, libertad). El trabajo final es el del regreso. Si las fuerzas han bendecido al héroe, ahora éste se mueve bajo su protección (emisario); si no, huye y es perseguido (huida con transformación, huida con obstáculos). En el umbral del retorno, las fuerzas trascendentales deben permanecer atrás; el héroe vuelve a emerger del reino de la congoja (retorno, resurrección). El bien que trae restaura al mundo (elíxir).*

En cuanto la poesía del mito es interpretada como biografía, historia o ciencia, muere. Las imágenes vivas se convierten solo en hechos remotos de un tiempo o de un cielo distantes. Además no es difícil demostrar que como ciencia o historia la mitología es absurda. Cuando una civilización empieza a reinterpretar su mitología de esta manera, la vida huye de ella, los templos se convierten en museos y se disuelve la liga entre las dos perspectivas.

Para devolver las imágenes a la vida, el individuo tiene que buscar, no interesantes aplicaciones a asuntos modernos, sino huellas iluminantes del pasado inspirado. Cuando estas se encuentran, vastas áreas de iconografía medio muerta muestran de nuevo su significado humano permanente.

La mitología ha sido interpretada por el intelecto moderno como un torpe esfuerzo primitivo para explicar el mundo de la naturaleza (Frazer); como una producción de fantasía poética de los tiempos prehistóricos, mal entendida por las edades posteriores (Muller); como un sustitutivo de la instrucción alegórica para amoldar el individuo a su grupo (Durkheim); como un sueño colectivo, sintomático de las urgencias arquetípicas dentro de las profundidades de la psique humana (Jung); como el vehículo tradicional de las intuiciones metafísicas más profundas del hombre (Coomaraswamy); y como la Revelación de Dios a Sus hijos (la Iglesia). La mitología es todo esto. Los diferentes juicios están determinados por los diferentes puntos de vista de los jueces. Pues cuando se la investiga en términos no de lo que es, sino de cómo funciona, de cómo ha servido a la especie humana en el pasado y de cómo puede servirle ahora, la mitología se muestra tan accesible como la vida misma a las obsesiones y necesidades del individuo, la raza y la época.

Cuando los nuevos símbolos se hagan visibles, no serán idénticos en las diferentes partes del globo; las circunstancias de la vida local, la raza y la tradición deben estar compuestas en fórmulas efectivas. Por lo tanto, es necesario que los hombres comprendan y sean capaces de ver que a través de diferentes símbolos se revela la misma redención. “La verdad es una – leemos en los Vedas - ; los sabios hablan de ella con muchos nombres”. Es una sola canción con las diferentes inflexiones del coro humano. La única forma de volverse humano es aprender a reconocer los lineamientos de Dios en todas las maravillosas modulaciones del rostro del hombre.

Con esto llegamos a la sugestión final de lo que debe ser la orientación específica de la tarea del héroe moderno, y a descubrir la causa real de la desintegración de todas nuestras fórmulas religiosas heredadas. El centro de gravedad, o sea, del reino del misterio o del peligro, ha sido eliminado definitivamente. Hoy todos estos misterios han perdido su fuerza; sus símbolos ya no interesan a nuestra psique. La noción de una ley cósmica, que sirve a toda existencia y ante la cual debe inclinarse el hombre mismo, hace mucho que pasó a través de las etapas místicas preliminares representadas en la astrología antigua y ahora es algo que se da por sabido en términos meramente mecánicos. El descenso de los cielos a la tierra de las ciencias occidentales (desde la astronomía del siglo XVII a la biología del siglo XIX) y su concentración actual, por fin, en el hombre mismo (en la antropología y la psicología del siglo XX), marcan el camino de una maravillosa transferencia del punto de enfoque del asombro humano. Ni el mundo animal, ni el mundo de las plantas, ni el milagro de las esferas, sino el hombre mismo, es ahora el misterio crucial. El hombre es la presencia extraña con quien las

fuerzas del egoísmo deben reconciliarse, a través de quien el ego debe crucificarse y resucitar y en cuya imagen ha de reformarse la sociedad. El hombre, entendido no como “yo”, sino como “tú”: pues ninguno de los ideales o instituciones temporales de ninguna tribu, raza, continente, clase social o siglo puede ser la medida de la divina existencia inagotable y maravillosamente multifacética que es la vida de todos nosotros.

El héroe moderno, el individuo moderno que se atreva a escuchar la llamada y a buscar la mansión de esa presencia con quien ha de reconciliarse todo nuestro destino, no puede y no debe esperar a que su comunidad renuncie a su lastre de orgullo, de temores, de avaricia racionalizada y de malentendidos santificados. “Vive – dice Nietzsche – como si el día hubiera llegado”. No es la sociedad la que habrá de guiar y salvar al héroe creador, sino todo lo contrario. Y así cada uno de nosotros comparte la prueba suprema – lleva la cruz del redentor - ; no en los brillantes momentos de las grandes victorias de su tribu, sino en los silencios de su desesperación personal.
